

# VII CERTAMEN DE CUENTOS

Pedro Javier Villar Algaba  
Eduardo Jauralde  
Paco Inclán Cervera  
Francesc Antoni Asensio Fons  
Luis Antonio García Martín  
Mónika



**al margen**

# VII

# Certamen

# de Cuentos

PEDRO JAVIER VILLAR ALGABA

EDUARDO JAURALDE

PACO INCLÁN CERVERA

FRANCESC ANTONI ASENSIO FONS

LUIS ANTONIO GARCÍA MARTÍN

MÓNICA

Ediciones AL MARGEN

Valencia, 2005

## **EDICIONES “AL MARGEN”. Nº 18**

Edita: **Ateneo Libertario “AL MARGEN”**

C/ Palma, 3 bajo izq.

Tel. 96 392 17 51

46003 VALENCIA

[www.nodo50.org/almargen](http://www.nodo50.org/almargen)

[atalmargen@nodo50.org](mailto:atalmargen@nodo50.org)

Imprime: Grafimar, S. Coop. V.

Dep. Legal: V-724-2006

Portada e Ilustraciones: José Manuel Fernández Haba

## ÍNDICE

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| PRÓLOGO .....                   | 5  |
| UN DÍA CUALQUIERA .....         | 11 |
| Pedro Javier Villar Algaba      |    |
| LOS COLORES DEL OTOÑO .....     | 29 |
| Eduardo Jauralde                |    |
| EL HOMBRE QUE NO TENÍA .....    | 41 |
| PRINCIPIOS NI MORAL             |    |
| Paco Inclán                     |    |
| MIRADES INTENSES I FREDES ..... | 53 |
| COM EL METALL                   |    |
| Francesc Antoni Asensio Fons    |    |
| TE INVITO A REGENERARTE .....   | 63 |
| CON UN VUELO                    |    |
| Luis Antonio García             |    |
| SIN TÍTULO .....                | 77 |
| Mónika                          |    |

*“Las palabras, (...) siguen viviendo cuando ya no estás  
y de esa forma el ser humano se hace inmortal”.*

*Big Fish. Tim Burton*

## **...EL FINAL DEL CUENTO**

Aquí me encuentro, dentro del universo de las palabras, intentando escribir un “prólogo”. La verdad sea dicha, siempre he tenido cierto reparo en la lectura de los prólogos. En unos me daba rabia que intentaran desmenuzarme aquello que iba a tener el placer de leer y cuyo análisis subjetivo no me interesaba demasiado; en otros he sentido una cierta pretensión del/a autor/a de alcanzar los tan aclamados “minutos de gloria” intentando introducir lo introducidable.

Un buen día, o quizás no era tan bueno, decidí poner entre paréntesis tanto prejuicio y leerme a algun@s prologuistas. He de reconocer que no llegó la sangre al río, y que después de tantos años creándome una teoría sobre lo absurdo de los prólogos llegaba el momento de romper una lanza, como diría mi abuelo, en favor de ellos. Eso sí, siempre teniendo la precaución de leerlos al final de la lectura de la obra en cuestión.

Una vez habiéndoos puesto en mi circunstancia personal pasemos a lo que realmente importa, a saber, el prólogo.

He titulado este escrito como “El final del cuento”; en primer lugar, como podréis imaginar, porque me gustaría que fuera leído al final, valga la redundancia, de los cuentos que forman este libro. En segundo lugar porque es también un final de un grupo de cinco personas que, por azares o coincidencias de la vida, se juntaron para intentar realizar una selección sobre 37 cuentos.

Antes que nada deciros que la tarea que se nos encomendó, y que tod@s aceptamos, no ha sido nada, nada, fácil. Supongo que es lo que siempre se dice y todo el mundo quiere escuchar, pero más adelante comprenderéis que ha sido de esa forma.

Lo que hemos intentado hacer no ha sido seleccionar los mejores, ya que si hubiera sido así, en mi opinión todos estarían dentro de este libro. No tanto porque todos sean de mi agrado como por todo lo contrario. Creo más bien que la tan señalada selección se ha hecho partiendo de nuestros “dentros”. ¿Subjetividad? Sí, sin lugar a dudas, pero volviendo a recurrir a los azares de la vida, la cuestión es que nuestros “dentros” se parecen demasiado.

En el tiempo transcurrido desde la primera vez que nos juntamos como grupo, nuestras conversaciones no han versado únicamente sobre los cuentos que estábamos leyendo. Entre nosotr@s crecía a medida que nos íbamos viendo una especie de querer saber de qué manera y con qué actitud estábamos realizando esta selección.

“¿Sabemos realmente qué es un cuento? ¿Qué criterios utilizamos para descartar unos y elegir otros?”

A la segunda cuestión ya os he contestado en líneas generales con toda esa retórica personal de los “dentros”. Respecto a la primera pregunta la cosa es más complicada.

La verdad es que no éramos capaces de definir lo que era un cuento, por lo que recurrimos al fantástico método del principio de negación, a saber, a partir de  $\neg p$  deducir a  $p$ .

Citaré algunos ejemplos de nuestras conversaciones:

Un cuento NO es una poesía, si entendemos como poesía algo que posee un ritmo específico que el cuento no tiene; de la misma manera llegamos a la conclusión de que tampoco es una pieza teatral, recurriendo una vez más al tema del ritmo.

Con ese procedimiento fuimos desechando todo o casi todo aquello que NO es un cuento.

Una vez terminado el proceso de negación volvimos a la pregunta inicial, la cual todavía, a día de hoy, no hemos resuelto.

Espero que mis compañer@s no se tomen a mal el tono “humorístico” de esta transcripción de los acontecimientos que para nada es porque no le haya dado importancia a nuestras reflexiones, nada más lejos de mi intención, sino que como persona a la que no le agradan demasiado, por no decir nada, los conceptos universales, tampoco creo en que se pueda conseguir una definición de lo que por esencia le corresponde ser a un cuento. Ya puntuó Foucault: *“Desde que la página en blanco comienza a rellenarse, desde que las palabras comienzan a transcribirse en esta superficie que es todavía virgen, en ese*

*momento cada palabra es en cierto modo absolutamente decepcionante en relación con la literatura, porque no hay ninguna palabra que pertenezca por ciencia, por derecho de naturaleza, a la literatura”.*<sup>1</sup>

De todas formas, lo más bonito de la historia, además de compartir inquietudes con esas cuatro personas, es que, implícitamente, entre nosotr@s lo teníamos más o menos claro.

Tal vez nos faltaron “sesiones”. Tal vez nos faltó un poquito de mayéutica, a la idea socrática, de ir sacándonos, a través de preguntas y respuestas, aquello que no éramos capaces, en un principio, de definir, pero la cuestión es que el tiempo no corría a nuestro favor.

Una de las cosas que tuve clara a la hora de decidir formar parte de este “jurado” fue la motivación por leer cuentos.

El cuento, como la narración metafórica, ha pasado, parece ser, a un segundo plano respecto de las “grandes” novelas. Uno de mis compañeros de viaje me recomendó para la elaboración de este prólogo, la lectura de Mircea Eliade, dando la casualidad que ya había tenido la oportunidad de leérmelo, coincidencias de los “dentros”, he pensado que por afinidad y porque viene al caso, pondré en mi pluma, metafóricamente hablando, sus palabras: “La prosa narrativa, en especial la novela, ha ocupado en las sociedades modernas el lugar que los mitos y los cuentos ocupaban en las sociedades tradicionales y populares”.

---

<sup>1</sup> Foucault, M. *De lenguaje y literatura*. Ed. Paidós, Barna. 1996. Pág. 67.



La importancia de estos certámenes no descansa en l@s ganador@s sino en la palabra misma. Intentaré explicar a continuación, en una breve pincelada, a qué me refiero.

Es bien sabido que existe cierta creencia popular, al igual que ocurre con el cine respecto a los cortometrajes, que el/la escritor/a comienza escribiendo cuentos como transición a la creación de la “gran obra” que será la creación de una novela. A mí me gustaría seguir creyendo que no es así, y que posiblemente, alguien acostumbrad@ a escribir relatos largos le será muy difícil condensar en un cuento todo el sentimiento y la cercanía en un relato con muchas menos palabras.

La conciencia de “superación” en lo literario no puede limitarse al número de palabras que seas capaz de escribir. Ni la metáfora como recurso literario a la hora de escribir debería considerarse como una manera de transmitir menos “verdad” a dicho discurso.

Como enamorada de Nietzsche y de la metáfora, tengo conciencia de ello.

Una de mis aspiraciones al escribir este prólogo es que una vez leído fluyan por el ser del lector/a unas incontenibles ganas de leer cuentos, sí, supongo que es un poco arriesgada la pretensión, pero en los cuentos se encuentra mucho de nuestra realidad, son una forma de transmitir de una manera más o menos real todo aquello que sucede en el mundo interior de cada un@ de nosotr@s y la manera de contarlo, ya sea fantástica o no, es lo que importa. Narraciones cortas, cuentos, novelas... La palabra como medio de

comunicarnos y la escritura como canal de transmisión nos hace desarrollar nuestra legítima rareza.

No sé si algo de lo que he escrito en este prólogo tiene algo de prólogo, lo que sí sé es que tiene mucho de mí, y mucho, también, de las personas y conversaciones que formaron parte de la selección de estos cuentos.

Por ello me gustaría dedicarles todas y cada una de estas palabras.

Por muchas razones, pero sobre todo por haber vuelto a escribir una historia. Por haber vuelto a emocionarme con las palabras. Por haber vuelto a dudar de mis convicciones literarias. Por los buenos momentos compartidos.

A ell@s.

## **PEDRO JAVIER VILLAR ALGABA**

Mi nombre es Pedro Javier Villar Algaba, nací en Palma de Mallorca, soy Licenciado en Ciencias Económicas y desde hace seis meses trabajo en Barcelona. Escritor aficionado, he escrito pequeños relatos y el principio de varias novelas, que de momento no dejan de ser proyectos, he aparecido recientemente en el libro *Libertad bajo Palabras* de la Fundación para los Derechos Civiles, Civitia, con los relatos seleccionados en su concurso literario.

# Un día cualquiera

Pedro Javier  
Villar Algaba



# UN DÍA CUALQUIERA

Miércoles... el Miércoles siempre me ha parecido un poco tonto, en medio de la semana, en él ya has perdido la ilusión del principio de la semana, la cantidad de cosas que tienes previsto hacer cuando te levantas el Lunes y planificas los días que tienes por delante, tampoco es el Jueves o el Viernes, donde la ilusión del cercano fin de semana hace que te levantes con un poco más de energía. Un día en tierra de nadie, en el que te das cuenta de que tampoco esta semana vas a hacer aquello que tenías pendiente y donde el sábado y el viernes están aún demasiado lejos para ilusionarte, en resumen, el día perfecto para darte cuenta de lo rápido que pasa el tiempo y de las muchas cosas que te vas dejando sin hacer. Pero, no vayamos a ponernos demasiado trascendentales, ya tan de mañana es Miércoles, sí, pero hay que ir a trabajar.

El metro, compañero inseparable de las mañanas de tanta gente que vivimos en esta gran urbe que llamamos Barcelona, lugar de encuentro y de despedidas, de historias, como aquella del “Caballo de Cartón” de Sabina. Espero mi parada pacientemente,

mientras, hago pasear mi mirada por las caras del resto de pasajeros, me divierte ver cómo me miran, cómo sus ojos, aún con legañas, se abren como platos cuando me descubren entre los asientos. ¿Qué por qué miran? Yo creo que es porque siempre voy al trabajo ya cambiado desde casa, no sé, es una manía que tengo desde siempre.

—Próxima parada, Plaza de Catalunya.

Es la mía, desde allí cinco minutos siguiendo en dirección al puerto la constante corriente de personas que son las Ramblas, giras a mano izquierda un poco antes de llegar al Liceo y ya casi estás.

El Barrio Gótico. Cuando llegué a Barcelona, fue de los primeros sitios que visité. Desde aquel primer día que pisé sus estrechas calles, que pasé por debajo de sus arcos, que observé sus antiguas fachadas, que me paré a escuchar cantar a una vieja señora en una de las puertas laterales de la Catedral, me atrapó, lo admito, aquí se respira diferente que en el resto de la ciudad, para mí es como una especie de oasis en medio de la gran concentración de centros comerciales, tiendas de moda y sobre todo, montones y montones de gente que es el centro de Barcelona. Me comienzan a saludar los primeros conocidos, caras comunes en la rutina diaria, son casi las nueve y media, y ya he llegado. La plaza de la catedral, aquí comienza mi jornada laboral... Perdonen, pero creo que al final no les he dicho cuál es mi trabajo, vaya olvido, soy mimo.

¿Cómo llega uno a ser un mimo de plaza en Barcelona? Podría aburrirles, y contarles mi “triste” vida, cómo los sueños y proyectos de la adolescencia

y la juventud se me fueron escapando entre las manos, cómo tuve que partir de Palma de Mallorca, mi ciudad natal, buscando un futuro que ahí me esquivaba, viajando, como dice la canción, allí donde el viento sople, pero no quiero despertarles la lástima o la compasión, porque yo no las siento. No miro atrás ni con pena, ni con rabia, en su momento tomé las decisiones que creí mejores y no pienso perder ni un minuto de mi vida en pensar si hice bien, como decía Miguel Hernández, la vida son muchos tragos y la muerte tan sólo uno. Al llegar a la Ciudad Condal fui malviviendo hasta que el poco dinero que había traído ahorrado desde Palma y el aún más poco que había ganado en puntuales trabajos, de los que la gente califica como normales, se me iba acabando, entonces un buen día, aún no acabo de explicarme por qué, me pinté la cara de blanco, me puse un viejo traje que alguien había tirado a la basura, coloqué un plato delante mío y me quedé quieto, muy quieto, esperando. El sonido metálico del golpe de esa primera moneda en el plato fue como una especie de disparo de salida a una nueva vida. De pequeño era muy expresivo, todos mis familiares se divertían mucho conmigo y no paraban de pedirme que contara chistes o cuentos. Ese pequeño, no se si llamarle don, que quizás no valoraba cuando era más joven, me servía ahora para ganarme la vida, o casi.

Tuve mi propia evolución como mimo. Al principio mi actuación era muy simple: adoptar una posición fija hasta que un transeúnte se acercase a dejar algo de dinero, entonces cambiaba de postura, lenta

y mecánicamente, como un autómatas. Poco a poco fui introduciendo cambios, al principio muy pequeños, como era alternar mi vestuario, me diseñé varios trajes, de cualquier material que pudiese aprovechar, también mezclé pinturas para obtener diferentes tonos con los que pintarme la cara, más tarde los cambios fueron más importantes, diseñé pequeños números, basándome en actuaciones de mimos que había visto de pequeño por la televisión y mejorando hasta introducir variaciones de cosecha propia. Estudiaba el efecto de los nuevos números en el público, desechando aquellos que no gustaban y quedándome con los que tenían buena acogida, buscando sobre todo la sorpresa, la exclamación, y ¿por qué no?, no me cuesta nada admitirlo, el aplauso. Tengo hasta un horario de actuaciones, dos por la mañana y otra por la tarde, el resto del tiempo me quedo inmóvil esperando esa moneda que vuelva a hacer sonar mi plato, el mismo que he utilizado durante estos cinco años.

Eso sí, la hora de la comida es sagrada. Suelo parar a eso de la una y media, siempre como en el mismo sitio, el Bar Central, escondido en uno de los callejones que desembocan en la plaza de la Catedral, normalmente soy el último en llegar, en la mesa ya están todos: Philipe, Arturo, Elena y Mohamed.

Philipe es francés, mimo como yo, de ojos tristes, delgado y con poco pelo, somos la competencia, si en nuestro caso se puede llamar así, él siempre se coloca en las escaleras que suben a la catedral, tiene mucho talento, su formación es más académica, de



escuela, yo he sido más autodidacta, ha actuado en el Teatro de París y en la mayoría de las ciudades importantes de Francia con números en solitario, el destino lo tiene ahora aquí, al otro lado de los Pirineos peleándose por lo aplausos y el dinero que un día le sobraron en Francia. Arturo es andaluz, pequeño y moreno, con grandes manos llenas de callos, emigró desde su Sevilla natal con tan sólo 16 años para trabajar en las fábricas de coches, 45 años de trabajo le han dejado una mínima pensión que le permite tomarse algún que otro carajillo de Amazonas, el único vicio que le permite el médico, y una enfermedad crónica en la espalda que el mismo médico le augura que le postrará en una silla de ruedas en no más de cuatro años. Elena es gitana, eso sí, catalana, nos recalca siempre, cada mañana monta en una vieja mesa de madera un pequeño chiringuito de frutos secos y algunas golosinas, donde la caja registradora es una caja de zapatos, y su potente voz, gritando a los cuatro vientos la exquisitez de sus productos, el mejor reclamo para sus clientes, decimos que es la banda sonora de los que “merodeamos” por la plaza. Por último está Mohamed, nigeriano, más de dos metros de hombre, siempre sonriente, tiene una de esas profesiones que gracias a los medios de comunicación se ponen tan de moda de la noche a la mañana y están en boca de todos, como pasó con los yupies y los psicoanalistas. Él es mantero, diariamente, valga la redundancia, extiende su manta y sobre ella, coloca las últimas novedades discográficas nacionales y extranjeras, correspondientemente pirateadas, en perfecto orden de estilos y artistas.

Tiene el record, no oficial, de recoger toda su mercancía y salir corriendo por cualquier callejuela en apenas 10 segundos cuando ve aparecer un mosso d'esquadra. Últimamente se nos ha unido Natalie, una holandesa bajita y pecosa, un buen día se decidió a recorrer toda Europa en bicicleta... y en eso está. Desde que llegó a Barcelona cada día se sienta junto a un gran mapa de Europa en el que apunta las diferentes etapas que lleva de su viaje esperando a que la generosidad de la gente le permita recoger el dinero suficiente para retomarlos.

Y ahí nos sentamos los cinco, o los seis ahora, el menú nos cuesta 5,60 euros, lo solemos pagar con lo que hemos conseguido cada uno por la mañana, si no nos llega, Arturo se lo suele prestar a quien le haga falta. Es, sin duda, uno de mis momentos preferidos del día. Hablamos sobre lo divino y lo humano, nos contamos toda clase de historias, tan increíbles que ya no distinguimos cuáles son verdaderas y cuáles no. Las risas son casi continuas desde que nos sentamos hasta que nos levantamos, criticamos, reflexionamos, desenredamos el mundo y lo volvemos a enredar, somos la otra ciudad, la que no sale en las guías para turistas, por la que no se pelean los políticos y la que no cuenta para las encuestas, parte olvidada o desconocida, sí, no nos importa, pero auténtica y sobre todo real.

Claro que el humor no siempre es tan bueno... están los días de lluvia. Esos días, cuando el cielo deja abiertas sus compuertas y nos ofrece generoso

toda el agua que al parecer a él le sobra, ninguno de nosotros podemos salir a la plaza y no nos queda sino quedarnos dentro, esperando, mientras vemos cómo las gotas rebotan en las baldosas de la calle. Margarita, que es la dueña del bar, nos saca entonces la botella de whisky de los días de lluvia y se sienta con nosotros a charlar. Y es entonces, cuando la mezcla del alcohol con la melancolía que suele embargar cuando ves llover, hace que nuestros corazones se abran un poquito más, y entre chupito y chupito nos hablamos, quizás más serios que nunca. Y es ahí cuando Arturo nos cuenta que cada día le cuesta más levantarse por la maldita espalda, que cada día el dolor va en aumento y nos jura, mientras se aguanta las lágrimas, que antes de verse en una silla de ruedas para el resto de su vida, se tira una tarde al mar en el muelle. Philipe, con ese acento francés, dulce y meloso que parece que te hipnotiza, nos habla de su mujer, la bella Irene, como él la llama, de la que aún está locamente enamorado. La mujer más preciosa que existe, nos explica muy serio, la misma que le engañó con su contable mientras él estaba de gira, el mismo contable que le estafó millones de francos, y por el que tuvo que huir de Francia perseguido por la policía por evasión de impuestos y fraude fiscal. Elena, sin poder ocultar aunque se ponga seria su gracia, nos habla de su familia, de sus cinco hijos, a los que ella cuida sola, mientras que su padre cumple condena en la cárcel por tráfico de drogas, de su lucha diaria para alejarlos del mundo que les enseñó su padre, donde las drogas, los ajustes de cuentas y las persecuciones son el pan de cada día, y cómo

cada tarde cuando llega a su casa, siente el corazón en un puño, temiendo que cualquier día de estos al entrar por la puerta, le espere un policía para decirle que uno de sus hijos ha sido detenido, o quizás algo peor. Mohamed, con su castellano chapurreado, adornado con algunas palabras en catalán, nos cuenta su viaje, su cara siempre alegre se ensombrece cuando nos cuenta cómo salió de su natal Nigeria, allí le hablaron de un mundo maravilloso más allá del mar, en donde sobraba la comida y el trabajo y donde todo el mundo era bien recibido y aceptado. Así buscando su particular el Dorado reunió todos sus ahorros y se encaminó hacia el Norte, atravesó desiertos, saltó alambradas, esquivó patrullas de guardias civiles en Melilla, atravesó un mar enfurecido sobre una pobre embarcación, viendo cómo algunos de sus compañeros se perdían entre las olas. Luego vinieron las jornadas de viaje oculto en el contenedor de un camión, y por fin la tierra prometida, la tierra de las oportunidades, en donde le persiguieron, le apalearon y le robaron. Aun así sabe que no puede volver. Nos habla de sus seis hermanos, de sus padres, que en Lagos esperan sus noticias y desgraciadamente también su dinero. Aunque desea con todas sus fuerzas que ninguno de sus hermanos inicie el mismo viaje. Son estos días extraños, los de lluvia, no es raro vernos a alguno de nosotros llorar como niños en la mesa mientras hablamos o escuchamos, allí pienso que nos mostramos como lo que somos: náufragos en un mar embravecido, con el único apoyo de un trozo de madera para mantenernos a flote, entre las olas gigantes que nos amenazan con lanzarnos a las profun-

didades, donde nunca más se sepa de nosotros, solos en una mar inmenso y hostil. Pero aun así nos revelamos contra el mar, con lo único que podemos aportar, nuestra lucha, continua y diaria, y nuestro pequeño trozo de madera se transforma en el mejor salvavidas, insumergible e imposible de escorar, es entonces cuando, orgullosos, levantamos la vista, contemplamos la dureza de la tormenta y nos sentimos felices y orgullosos de estar ahí, encarándola y cada uno a nuestra manera, venciénola.

Y así solemos pasar el tiempo de la comida, un francés, un andaluz, una holandesa, una gitana, un nigeriano y yo, un mallorquín, reunidos alrededor de unos platos calientes, me gusta pensar que somos el reflejo de lo que es en realidad esta ciudad, para mí Barcelona es una de esas ciudades como Nueva York, Londres, Berlín, ciudades que están por encima de cosas como la nacionalidad, las fronteras o las razas. Barcelona no es Catalunya, no es España, Barcelona es el mundo...

Los niños... son mi público preferido, no crean que es fácil hacer reír a un niño, los chavales de hoy en día, mal que pese, no son lo de antes, ya no es sólo que hayan cambiado el Barrio Sésamo por Operación Triunfo, o que su sueño no sea ser un aventurero o un astronauta sino David Bisbal, o mejor alguien del corazón que trabajan aún menos y ganan más. Es que a sus cortas edades han tenido y han probado tantas cosas, que hay muy poco que les pueda sorprender, o tan siquiera interesar. Por eso cada vez que hago reír

a un niño, para mí es como un corte de mangas a la televisión, a las videoconsolas, a Internet y a la madre que los parió a todos. Cuando veo sus caras de temor al observarme, cuando los veo retroceder asustados hacia sus madres una vez que me han dejado la moneda y comienzo a moverme, entonces me siento el hombre más afortunado del mundo y pienso que tengo el mejor trabajo del mundo, aunque en este caso también sea el más difícil.

Suelo finalizar la jornada laboral a eso de las 7 y media, entonces recojo todas mis cosas, las meto en mi maleta y deshago el camino realizado por la mañana. Vivo en las afueras, en lo que se suele llamar un barrio periférico, el metro me deja a cinco minutos de mi casa, ya anochecido camino por las oscuras calles hasta llegar al portal de mi casa, esos cinco minutos me los suelo pasar pensando en Raquel y en las ganas que tengo de verla.

Raquel es mi compañera, la conocí hace tres años, ella era una de los muchos yonkis que acudían a las inmediaciones de la Plaza de la Catedral a intentar conseguir algunas monedas con las que comprar el billete para el siguiente viaje. Aun así, con el pelo sucio y pegado por la grasa, las ropas viejas y carcomidas, la primera vez que la vi, sus ojos verdes me traspasaron como puñales, eran grandes y hermosos, luceros para este naufragio a la deriva que se resistía a encontrar su particular trozo de madera. Cuando estaba serena derrochaba simpatía y conversación agradable, nos pasábamos las horas sentados

en la plaza con unas cervezas, hablando. Otros días se los pasaba enteros tumbada en una esquina, con el síndrome de abstinencia encima, yo entonces me sentaba a su lado y la observaba, miraba sus ojos verdes, totalmente perdidos, y pensaba para mis adentros cuáles debían ser sus sueños, cómo su vida, quizás no muy diferente de la mía. Cuando quise darme cuenta ya era muy tarde, comencé a preocuparme por ella, primer gran error para gentes de la calle como nosotros, más tarde a darle consejos, para terminar rogándole que abandonara el mundo en el que estaba metida. Siempre nos peleábamos cuando hablábamos de este tema, se iba y me gritaba diciéndome que no la volvería a ver más, pero al poco rato volvía y se sentaba a mi lado sin decir una palabra y lloraba, lloraba mientras a su manera me pedía las fuerzas que a ella le faltaban. Incluso un día me la encontré en el callejón del Bar de Margarita tirada en el suelo con los ojos en blanco y temblando tras un “tiro” mal calculado, yo mismo la lleve al hospital, y volví a hablar con ella una y otra vez, suplicándole que acabara con aquello. Para entonces ya era demasiado tarde para ocultar que estaba locamente enamorado de ella. Pero aquella mierda la tenía bien cogida. Hasta que un buen día desapareció...

La busqué, le pregunté a sus conocidos, visité los lugares que ella frecuentaba, pero se había desvanecido... nadie sabía nada de ella, comencé a pensar que esta vez se cumplirían sus amenazas y no volvería a verla. Tuve que volver a mi quehacer diario, no era el primer golpe que me daba la vida y estaba

seguro que no sería el último, la gente como yo no está hecha para la alegría, así que volví a mi sitio de siempre, pero durante esos días, las lágrimas del mimo, fueron de verdad.

Y pasaron los meses, hasta que un día, estando sentado, algo me tapó el sol... no me podía creer que fuese ella, tenía el pelo desenmarañado, largo y reluciente, su rostro resplandecía ante los rayos de sol y no había rastro de las ojeras que solían adornar su cara. Pero eran los mismos ojos, no había duda, nos abrazamos, nos besamos y la interrogué con mil preguntas acerca de esta ausencia. Me explicó que un día, mientras pedía monedas en la Puerta del Ángel la reconoció una tía suya, hermana de su madre, Raquel había abandonado a su familia, que era de Galicia, cuando era muy joven y había perdido totalmente el contacto con ellos, esa tía suya se había instalado en Barcelona ya hace años, y ahora la encontraba en ese estado. La acogió en su casa, y no sólo eso, en sólo un par de días estaban viajando a Galicia donde la tuvo tres meses en una clínica de desintoxicación, y en donde tras mucho esfuerzo obtuvo una victoria, espero que no temporal, sobre las drogas. Satisfecha, su tía decidió volver a Galicia, ya estaba jubilada y la poca familia que le quedaba estaba en el norte, invitó a Raquel a que se mudase con ella, pero declinó la oferta, decidió volver a Barcelona, su tía le ofreció generosamente la casa donde había estado viviendo durante años, la misma que ahora llamo mi casa. Resulta increíble lo voluble que es la vida, puedes creerte en la cima misma de ella, más allá de



todo, pero le basta un simple movimiento para lanzarte sin esfuerzo a lo más oscuro de su creación. Y viceversa, a veces un simple soplo de viento puede elevarte a las alturas y pasar en un segundo de preocuparte dónde vas a dormir esa noche a ser el hombre más feliz del mundo, y el más enamorado.

Se te hace muy extraño llamar a un lugar “tu casa”, sobre todo cuando has pasado meses en la calle, durmiendo donde buenamente se puede, convirtiendo cada noche en una aventura para encontrar un sitio donde caer rendido, una peregrinación por albergues y hospitales de noche donde poder pasar esas horas. Tener una casa, un hogar, es algo reconfortante, saber que pase lo que pase durante el día, por muy mal que te salgan las cosas, vas a poder llegar a ella y descansar allí todos tus males, es algo que no se valora sino es que te ha faltado alguna vez.

Siempre me pasa lo mismo, cada día al entrar en la casa siento el mismo miedo. Fueron muchos años en la calle, en ella vi a montones de gente pelear y fracasar en su lucha contra las drogas, conocí muchas personas que parecía que habían conseguido vencerlas, para luego volver a recaer en ellas, con más fuerza que antes. No podría soportar que le pasara esto a Raquel, ahora que he convivido con ella limpia de todo eso, no se si podría volver a los tiempos del mendigar en las plazas y de correr delante de los policías y detrás de los camellos, por eso, mientras atravieso el pasillo siento como una opresión en el pecho, mientras me preguntó cómo estará... Me la

suelo encontrar siempre igual, recostada en el sofá viendo la tele, cuando me ve entrar por la puerta y veo cómo se le ilumina la cara es sin duda otro de mis momentos preferidos del día, creo que el mejor.

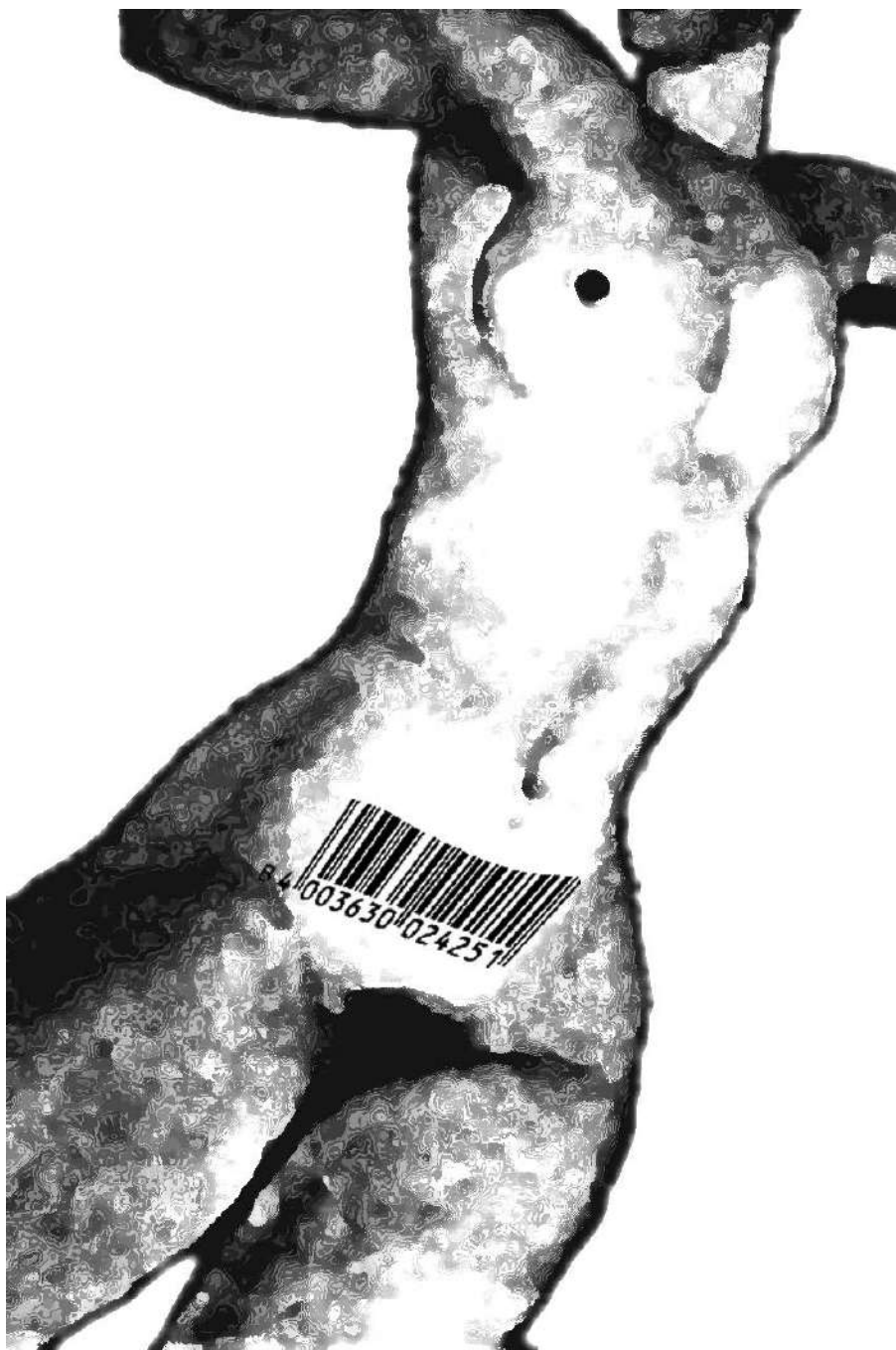
Se suele ir a la cama pronto, ya que trabaja en un supermercado y su turno empieza a las siete de la mañana. Suelo salir entonces a la terraza a fumarme el último cigarrillo del día, vivimos en un octavo, así que desde allí tengo una buena vista de esta parte de la ciudad, y normalmente mientras observo las luces de Barcelona, suelo hacer balance del día que he vivido. Es evidente que no tengo una vida de la que se catalogaría como normal, sin embargo no puedo dejar de sentirme un afortunado, observo los edificios y me pregunto si las gentes que descansan en ellos también se sentirán personas con suerte, o a lo mejor se consideran unos desgraciados porque en el trabajo tienen un compañero pelota que les está pisando el ascenso, o porque han hecho cuentas y este año no podrán ir a esquiar a Andorra o quizás estén simplemente de mala leche porque el Barcelona ha vuelto a empatar en casa. La felicidad es una cualidad tremendamente subjetiva, depende de cada persona, cada una la entiende de una manera distinta y valora en ella aspectos muy diferentes, y es muy difícil aprender a ser feliz, no importa lo que tengas o lo que desees, muy difícil. En fin, yo pienso que si en la mayoría de aspectos no podemos elegir la vida que vivimos sí que podemos escoger nuestra manera de afrontarla, y esto es lo que al final acaba marcando la diferencia entre unos y otros.

## **EDUARDO JAURALDE**

Nací en Madrid en 1940.

En 1960, como tantos otros, emigré a Francia. Allí trabajé, estudié, me casé y tuve mis hijos. Empecé a escribir bastante tarde, a la vuelta de un viaje por América Latina que realicé en los años '70-80. Mis cuentos han ganado algunos premios o han resultado finalistas de otros: Hucha de plata-Madrid, Sanlúcar de Barrameda, El Hierro, UNED, Laguna de Duero, Max Aub, La Felguera. Incluso una novela llegó a ser finalista del Fernando Lara en el 2003.

Actualmente vivo en Saint-Nazaire (Francia).



# LOS COLORES DEL OTOÑO

*¿Por qué también no le ponen impuestos a oler flores?*  
(Pilar Duble)

Cuando vuelvo a casa no veo a Cecilia en la cocina, donde suele esperarme preparando la cena para los niños, ni en el salón sirviéndome un güisqui con hielo porque me ha sentido llegar. Así que, antes de mirar en la habitación, dirijo mis pasos hacia el despacho: allí está, sentada ante el ordenador, con las gafas de leer a caballo sobre la nariz respingona. La primera vez que yo me había atrevido a quitárselas, con suavidad, para dejarlas sobre el libro abierto que ella estaba leyendo, me había dicho: me siento desnuda e indefensa sin ellas. Es como si me acabaras de quitar toda la ropa. Recordando aquella escena –tan lejana y nunca olvidada– me acerco por detrás y la beso en la nuca. Inesperadamente ella corcovea como si se le hubiera posado una avispa en el cuello. Alza una mano y señala algo en la pantalla del ordenador, no sé qué, estoy lejos y mi vista no alcanza, veo confusamente una columna de números de color azul marino. Ha llegado el aviso de Hacienda, dice

Cecilia. Su uña escarlata, recortada con primor, golpea la pantalla. Me asalta un presentimiento y me pongo a la defensiva: ¿Alguna sorpresa?

Hacía ya poco más de un mes que había entrado en vigor el nuevo sistema fiscal: se aplicaba el pago de un impuesto de lujo a los *placeres del espíritu*. Durante aquel verano quince mil ancianitos habían perecido víctimas de una inesperada ola de calor y el gobierno buscaba nuevas fuentes de ingreso para financiar un plan social de ayuda a la vejez desamparada. En el transcurso del debate parlamentario, el ponente de la oposición había argumentado que cada ciudadano era libre de utilizar los sentidos que la naturaleza le había regalado sin tener que pagar una tasa por ello: este nuevo impuesto es vejatorio y atentatorio, había concluido sin especificar contra qué atentaba. El gobierno, sin embargo, hizo valer un hecho científicamente comprobado: la mera actividad sensorial podía provocar en ciertos individuos un goce estético de una intensidad inconmensurable y el orador desde la tribuna había separado las sílabas: in-con-men-su-ra-ble. Es obsceno, dijo martilleando el pupitre con los nudillos, que esos individuos privilegiados no contribuyan al bienestar social de la tercera edad.

A Cecilia y a mí nos gustaba ir juntos a todas partes, siempre que podíamos, se entiende. Juntos, pues, habíamos acudido al dispensario del distrito para que un técnico de salud nos implantara en el lóbulo de la oreja izquierda la minúscula pastillita electrónica que controlaría la intensidad emocional de nuestras actividades sensoriales. Esa pastillita

recogía las ondas electromagnéticas emitidas por el córtex cerebral en estado de excitación placentera. Luego unos sensores colocados estratégicamente por la ciudad (se confundían con las antenas de telefonía móvil), captaban las señales emitidas por los *chips* lobulares y las enviaban a la central de control situada en los sótanos del Ministerio de Hacienda. En el dispensario las paredes de la sala de espera estaban adornadas con viejos carteles de propaganda sanitaria -*almorranas, incontinencia, consulte con su médico de cabecera*- y viejas reivindicaciones gremiales nunca satisfechas. Delante nuestro esperaba turno un señor ya mayor con sombrero y bastón. Me fijé que tenía los lóbulos de las orejas colgantes y peludos, cerdas ensortijadas que formaban una especie de maraña protectora. Tendrán que afeitarle antes, pensé y me pareció una mutilación cruel.

Fue una incisión indolora que no dejó huella alguna. Me ha dolido menos que cuando me perforaron las orejas de pequeña, me confesó Cecilia que por la mañana había dejado entrever cierta aprensión. Con las dos manos se alisó el pelo como si se avergonzara de tener orejas y tratara de ocultarlas. Nos habían entregado al salir un cartapacio azul con las siglas y el logo del Ministerio de Hacienda. El legislador había confeccionado una lista exhaustiva de las actividades sometidas a impuesto con el correspondiente baremo. Las tasas variaban según la índole o la intensidad del goce estético. Cecilia preparó una taza de té y estuvimos consultando el documento sentados en el sofá del salón. Oler el perfume de una rosa resultaba tan caro como comprarse una botella

de Carlos III. Sentarse en lo alto del acantilado y escuchar el bramido de las olas equivalía al precio de una caja de Montecristos número uno. Acariciar el lomo de un libro de poemas de Benedetti era como derramarse encima un frasco de Chanel número cinco.

Cecilia me miró angustiada. Supe que estaba a punto de romper a llorar. Tendremos que reducir nuestro tren de vida, le dije y la atraje hacia mí. Esperé a que se calmara acariciándole el pelo, la nuca. De modo inconsciente evité rozarle la oreja izquierda como si esa parte de su cuerpo ya no me perteneciera. Cuando la vi más tranquila le propuse que preparáramos un plan de vida. Que hiciéramos una especie de presupuesto existencial –no se me ocurrió llamarlo de otra manera. Ella movía la cabeza sin poder resignarse, abatida, como una persona a quien acaban de anunciarle una desgracia que no puede creerse. Es imposible, repetía, imposible.

Con las mujeres hay que ser paciente y dar vueltas a su alrededor con aire sumiso hasta que se rinden. Entonces uno acepta esa rendición como la cosa más natural del mundo, sin cantar victoria. Adopté un tono conciliador, didáctico: Tú pelas las verduras o limpias el pescado, le dije; yo lavo los platos o tiendo la ropa; tú peleas con los niños y yo me enfrento a tu madre... ¿Por qué no hemos de hacer lo mismo con esos placeres estéticos? Cogí la carpeta y consulté la lista: a andar descalzo sobre la hierba se le aplica el baremo dos, ¿a ti eso te gusta?, pues sigues saliendo al jardín todas las mañanas, y a mí me dejas asomarme al balcón los días de lluvia por-



que el olor a tierra mojada me procura un placer tan intenso como a ti el caminar por el césped. Cecilia empezó a aceptar mi modo de ver: ¿Es el mismo baremo?, preguntó. Dejé la lista sobre la mesita, bebí un sorbo de té y le palmeé las rodillas: vamos a repartirnos los placeres del universo entre tú y yo, dije muy serio volviendo a coger la lista.

Y ahora Cecilia espera que la impresora termine de escupir, con un breve ronroneo eléctrico, el aviso de Hacienda. Cuando lo tiene entre las manos le echa un vistazo rápido, como para comprobar que lo que ella ha visto en pantalla aparece efectivamente en el papel impreso, y luego, sin volverse ni mirarme, alza el brazo para que yo lo coja. Mientras consulto la columna de cifras azules, oigo que me reprocha con voz neutra: me has engañado, no has respetado el reparto que hicimos. No me atrevo a levantar los ojos de la lista en ese momento porque sé que tropezarán con la mirada inquisitiva de Cecilia y además me siento avergonzado, así que finjo que sigo leyendo, hasta que Cecilia dice: este mes no ha llovido ni un solo día, ¿no tienes ninguna explicación que darme? Sabe perfectamente lo que ha pasado porque lo acababa de leer en la lista, fecha y hora, duración e intensidad del placer y fenómeno que lo ha suscitado. Me duele que me hable de esa forma, como si la hubiese engañado con otra mujer y me tiemblan las manos. Fue durante el viaje que hice, balbuceo. Ella se da cuenta de mi turbación, comprende que me está haciendo sufrir, se quita las gafas y se abraza a mí. Nos van a volver locos, dice, no podemos seguir así.

Oler el humo del tabaco no paga más impuestos que los que llevan ya las cajetillas, así que esta noche Cecilia fuma un cigarrillo mirando al techo mientras yo tumbado a su lado viajo con la imaginación por un paisaje que despliega ante mis ojos embobados los mil y un matices del otoño moribundo: amarillo cera, verde agua, ocre encendido. Árboles de fuego, antorchas de oro, no sabes cuánto deseo tenerte a mi lado, suspiro. Cecilia se levanta para ir a tirar la colilla al baño. También su cuerpo desnudo es un recipiente de luz y no tiene nada que envidiar al más esbelto de los álamos del río. Desde que nos han implantado el chip, sin embargo, no hemos vuelto a hacer el amor. Ellos afirman que la pastillita lobular no detecta ni registra los *placeres venéreos*. Pero a nosotros nos paraliza imaginar que en los sótanos del Ministerio de Hacienda un funcionario soñoliento y aburrido se distrae observando en una pantalla el gráfico que mide la intensidad de nuestro deseo, la curva de la ternura, la volcánica explosión del espasmo amoroso.

Cuando Cecilia vuelve a la habitación sonrío de nuevo. En seguida comprendo el porqué de esa sonrisa luminosa. Trae todo el instrumental necesario. Es la única forma de que volvamos a compartirlo todo sin que nos frene la enormidad del gasto, dice volcando el contenido de sus manos sobre la cama: las tijeras, el algodón hidrófilo, las compresas de gasa, el aerosol de anestésico local para adormecer el dolor... la vida y el amor a manos llenas y sin tasa, si no, no vale la pena, repite. Yo estoy un poco asustado: ¿Tengo que hacértelo yo a ti?, pregunto.

Luego todo resulta más fácil y menos doloroso de lo que habíamos imaginado. Lo que más nos cuesta es restañar la sangre. Cecilia conserva su sonrisa y su buen humor hasta el final: nunca pensé que llegaría tanta sangre al lóbulo de la oreja, comenta muerta de risa mientras presiona con el índice y el pulgar para contener la hemorragia. Cuando damos por terminada la operación recojo los dos lóbulos seccionados de un tijeretazo, voy al baño, los arrojo por la taza del retrete y vacío la cisterna. Me lavo las manos sin mirar hacia el espejo porque no quiero verme con un vendaje ensangrentado en la oreja izquierda. Vuelvo a la habitación. Cecilia ha abierto la ventana y se asoma desnuda a la noche inmensa y perfumada. ¿O es el perfume de su cuerpo? Contar estrellas, me dice apoyando su cabeza en mi hombro, ¿qué baremo llevaba?

## PACO INCLÁN

(València, 1975). Membre de *L'Aixopluc dels dos artistes paios*. “Mi arte es la vida” comenta mentre altres comenten: “Tu arte es basura”. Si A és B i B és C, la seua vida és deixalla. Autor dels mini-assatjos *La Solidaridad no era esto* (2001) i *El País Vasco no existe* (2004), promet que el pròxim llibre no portarà un no al títol. “No hay razón por la que siendo un bribón tengas que hacer de payaso”, li diu Rosendo cada matí. “El multaren al carrer Llibertat”, és el seu relat més desconegut, més brillant i també més breu (cinc paraules), encara que el relat més breu de la història de la literatura universal continua sent el de l'escriptor guatemaltec Augusto Monterroso: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí” (set paraules). *El hombre que no tenía ni principios ni moral* forma part de la col·lecció inèdita de relats *Los Hombres Que*.



# EL HOMBRE QUE NO TENÍA PRINCIPIOS NI MORAL

## *1ª Parte: Los principios*

El hombre que no tenía principios ni moral era un solidario de postal. Su fachada consistía en asistir a manifestaciones antiglobalización sin saber muy bien de qué iban ni para qué servían, participar en conciertos solidarios con el pueblo mapuche sin tener muy claro dónde *carajo* estaba este pueblo ni qué *demonios* le pasaba y leerse de vez en cuando algún libro del rollo sin enterarse mucho ni falta que le hacía.

Decía defender la solidaridad internacional entre los pueblos intercontinentales pero no se hablaba con sus vecinos.

Había conocido a Sandra tocando los bongos en una manifestación que llevaba el ambicioso lema de “por la libertad de los pueblos”. El espinoso debate filosófico sobre qué es libertad y qué es pueblo lo dejaron para otro momento mientras los manifestantes se dedicaban principalmente a bailar, cantar, hacer malabares, vender cerveza y mecheros por la indefinida libertad de los indefinidos pueblos.

El hombre que no tenía principios ni moral y Sandra ya se conocían de otras movidas. Habían coincidido en varias charlas de palabras huecas y en alguna otra manifestación por la libertad de las ballenas o del pueblo saharaui donde acudían más policías y asociaciones convocantes que manifestantes.

Aquella noche veraniega la pasarían juntos de mutuo acuerdo. Se acostarían, follarían y adiós muy buenas. Relaciones vacías que tanto parecían llenar al hombre que no tenía principios ni moral. La búsqueda de relaciones superficiales era el principal motivo por el que se había metido en aquellos ambientes *oenegeros*.

Por el contrario, Sandra era una activista de las que daban el callo. Estaba metida en mil proyectos anti-todo y pro-nada. Se lo curraba en su desmedido afán de convertir el mundo en un espacio más alegre y habitable. Pese a que se sentía atraída por aquel tipo barbilampiño, no dejaba de darle rabia sus pintas de falso solidario. Porque su apariencia estética tan calculadamente desenfadada hacia presagiar que trataba de disimular su vida de pequeño burgués, de lujos vacuos y placeres materiales.

Porque llevaba una antiagenda que era una agenda, un monedero de aspecto catalogado en la sociedad de consumo como maya o inca comprado en la Semana de Moda Alternativa del Corte Inglés, una *palestina* al cuello comprada en una tienda regentada por inmigrantes argentinos de origen judío. Y unos calzoncillos con dibujos de plantitas de marihuana (Sandra siempre se había preguntado qué clase de *garrulos* se pondrían calzones con dibujos

de plantitas de marihuana. Esa misma madrugada obtendría la respuesta).

Sin embargo, y ayudados por el alcohol, Sandra y el hombre que no tenía ni principios ni moral limaron sus profundas diferencias ideológicas con un buen refregón en el confortable sofá de la casa de él. Un ático moderno, de los que molan, de los de ahora. Con la bandera del Ché Guevara en la pared y Extremoduro en el hilo musical. Buen rollito, buen rollito.

Llegado el momento de copular, el hombre que no tenía principios ni moral, abrió un cajón de su mesita de noche para buscar un condón.

—“¿Qué haces?”, inquirió ella.

—“Pillar una *capucha*”, contestó él.

—“¿Qué dices?”, exclamó ella.

—“No sé, ¿follamos con condón?, ¿no?”, preguntó extrañado.

El cuerpo de ella se desligó bruscamente del de él y se sentó en la cama con cara de evidente mala hostia. El miembro de él perdió diámetro, los pezones de ella se deshincharon.

—“Sabía que eras el típico solidario de pacotilla. ¿Acaso no sabes que las empresas de condones son fuertemente contaminantes y están desafiando los tratados de Kyoto, de Berlín, de Río de Janeiro, de Bruselas y que además están utilizando mano de obra infantil en sus procesos de fabricación, desafiando cientos de tratados internacionales de la



ONU, de la Unión Europea, de la UNESCO y de la Coordinadora Mundial de ONG's? Tenemos que boicotearlas, negarnos a utilizar sus productos”.

El hombre que no tenía principios ni moral intentó hacerse una vaga idea de lo que estaba ocurriendo. Aquella tipa le estaba pidiendo follar sin condón no para sentir más placer sino como parte de una estrategia reivindicativa, de una lucha social contra las empresas corruptas de condones.

—“Tenemos que reivindicar —continuó su discurso mientras él se ponía los calzoncillos de marihuana— que las multinacionales de preservativos cumplan el código de comercio justo. Seguro que no sabes cuáles son sus principios. Mucha banderita del Ché Guevara pero ni idea de comercio justo, ¿verdad? Pues mira, son la reivindicación de salarios y condiciones de trabajo dignos, el rechazo a la explotación infantil y al modo de trabajo esclavo, la igualdad de condiciones para hombres y mujeres y el respeto al medio ambiente. Tenemos el deber moral de reivindicar condones fabricados en condiciones de comercio justo”.

Él puso cara de no tener ni puñetera idea sobre el tema a la vez que ella se ponía las bragas. Dijo que iba a mear al mismo tiempo que iba a mear. Al hombre que no tenía principios ni moral se le había quedado cara de idiota. No se la veía pero se la notaba. Ojalá aquella tipa le estuviese tomando el pelo porque sería mucho peor que todo aquello fuese en

serio. Pensó en uno de esos programas de cámaras ocultas o de algún amigo que le estuviese gastando una broma. Sin duda, aquella situación era lamentable para su orgullo macho. Pese a que todavía estaba algo empalmado intentó pensar con el cerebro pero no pudo. Tuvo que hacerlo con el rabo. “Pues, por mí, hagámoslo sin condón”, reflexionó su polla en un momento de infinita lucidez.

Se lo comentó a la Sandra cuando llegó del baño y ella se enfureció más. Mucho, mucho más.

“Sí, claro –dijo gritando–, ahora sin condón, ¿no?, tú lo que quieres es follar a toda costa. ¿Acaso es eso lo que llamas tu conciencia?”. Otro tipejo que sólo piensa con el rabo. Si no te llevo a denunciar la explotación de los niños en las empresas de condomines, tú no hubieses hecho nada por esa pobre infancia desamparada. Seguro que te importa un bledo el destino de esos desdichados, dime, ¿cuánto te importa el destino de esos desdichados?, venga, dime, cabrón, qué eres un cabrón, le gritó histérica mientras solicitaba una respuesta con la mirada rebosante de odio. “Dime, ¿te importa o no el destino de esos pobres niños trabajadores de las empresas de condomines?”.

El hombre que no tenía principios ni moral estaba realmente asustado. Tenía claro que la respuesta era que no y más en aquel contexto: desnudo, medio empalmado y deseando fornicar con aquella morena de senos grandes y culo respingón.

“Pues no –contestó intimidado–, comprenderás que ahora mismo me importa poco el destino de esos desdichados. Además, es una utopía pensar que algún día se fabricarán condones en condiciones de comercio justo”.

“Lo sabía, lo sabía –graznó desorbitada–, otro resignado de mierda que abandona la lucha. Eres un hijo de la gran puta que sólo quiere follar sin importarle un pimiento el cruel destino de esos desdichados”.

Sandra estaba totalmente enfurecida, fuera de sí, histérica. El hombre que no tenía principios ni moral asistía patiabierdo y boquidifuso al espectáculo embravecido de aquella mujer que comenzaba a tirar objetos por la ventana mientras aullaba: “Eres un maldito traidor, muerte a los consumidores de condones contaminantes”.

“Joder, tampoco te pongas así, no es para tanto”, dijo él para tranquilizarla, lo cual la enojó aún más.

De repente, del bolsillo de su pantalón, que estaba tirado por tierra, Sandra extrajo un sacacorchos y comenzó a clavarlo impunemente por todo el cuerpo de aquel hombre que asistía atónito a su propio fallecimiento.

La palmó medio empalmado después de 179 *sacacorchazos* que le dejaron otros tantos agujeros en su cuerpo. Aquella activista contra las empresas contaminantes de condones había acabado con su vida en un asesinato que ella consideró de carácter político.

## 2ª Parte: La moral

Mientras Sandra se limpiaba la sangre con la bandera del Ché, del armario salió un hombre encauchado.

—“¿Y quién eres tú?”, preguntó Sandra extrañada pero todavía enfurecida por la adrenalina empleada para acabar con la vida del hombre que no tenía principios ni moral.

—“Soy un activista del Movimiento Radical Antisacacorchos que lucha contra el uso de peligrosos elementos químicos anti-ecológicos en los procesos de producción de los sacacorchos, tenemos que reivindicar que se fabriquen bajo los principios de comercio justo”, contestó mientras de su zurrón sacaba un arco con una flecha que clavó en el despechado corazón de Sandra.

El hombre sin principios ni moral yacía ensangrentado en su cama ensangrentada. Sandra había caído al suelo cerca de las pantuflas de él. De fondo musical, *Deltoya*, de Extremoduro. “No me importa que me claves como Cristo en la pared / ten cuidado, no me falte de comer...”

De repente, de debajo de la cama aparecieron un hombre y una mujer que dijeron liderar un movimiento pacífico contra el uso de piel de ciervo en la fabricación de flechas. Extendieron una pancarta en la habitación que rezaba: “No más flechas con los ciervos”. El tipo del Movimiento Radical Antisacacorchos les miró incrédulo y con gesto de desprecio.

—“¿Dónde vais con pancartitas?, así no se llega

a ningún sitio. Hay que recurrir a la lucha armada para cambiar el mundo”.

Resultó que la pancarta estaba pintada con *spray* negro contaminante. Así lo indicó una chica que salió del balcón y que resultó ser del Movimiento Anti-*Spray* Negro Contaminante.

Llevaba una bomba que lanzó para protestar contra los *sprays* negros contaminantes.

El edificio se derrumbó –con los del Movimiento Anti-bombas escondidos en la despensa– mientras por la calle discurría una manifestación que pedía que las empresas de condones trabajasen en condiciones de comercio justo. La marcha acabó en graves disturbios cuando se cruzaron con los del Movimiento Radical Anti-Sacacorchos que se habían aliado con los de los Anti-*Spray* Negro Contaminante para machacar a los cantamañanas –así les llamaban– de los Anti-piel de ciervo en la fabricación de flechas.

El caos se adueñó de la ciudad durante varias semanas. Tuvo que intervenir el ejército para prevenir una guerra, lo cual provocó una guerra. El cielo cogió el color que debe tener la buhardilla del infierno.

Mientras, todas aquellas personas siguieron luchando, hasta la eternidad eterna, por un mundo más alegre y habitable.

A causa de la explosión, ya nadie del colectivo contra las bombas atómicas –que estaban escondidos en el cuarto de baño aguardando el momento de entrar en acción– pudo hacer ni decir nada.

Ni falta que hacía.

## FRANCESC ANTONI ASENSIO FONS

Sóc de Tavernes de la Valldigna (la Safor), he tingut diversos oficis i activitats (apicultor, collidor de taronges, fuster, jardiner, domador de cavalls salvatges...), no vaig finalitzar els meus estudis d'Història i Història de l'Art i he publicat *L'udol de la sirena* (Edicions la Xara, 2001), *Històries de la Vall* (Ediciones Bonet Schar, 2003), *La mort de la sirena* (Edicions la Xara, 2003), *Els crits de la follia* (Edicions la Xara, 2004) i *Infants adormits* (Edicions la Xara, 2005).

He obtingut diferents premis de narrativa en certàmens com l'*XI Concurs de Narrativa de Capdepera*, Mallorca, *III Premi literari de Cons-*

*tantí*, Catalunya o el *VII Certamen de Cuentos Ateneo Libertario “Al Margen”*, València.

He publicat articles en el diari *Levante*, en *El Temps* o *l'Avui*, (i també en *Al Margen*, no me'n recordava!), he col·laborat en diverses publicacions com *La Veu de la Valldigna*, la revista *Calba* o la cartellera *Turia* i actualment ho faig en la revista *Quinzedies* de la Safor.





# MIRADES INTENSES I FREDES COM EL METALL

Les persones s'ho repetien unes a les altres, com si la contínua reiteració fera que les seues paraules adquiriren més força, més versemblança. La guerra havia finalitzat.

Sí, la guerra s'havia acabat, però ara tothom temia la reacció d'aquell exèrcit vencedor que es passejava pertot arreu amb la insolència del qui se sap victoriós.

Què passaria ara? Els que a les primeries de la guerra havien fugit, ara sortien dels seus amagatalls ufanosos i farcits de ràbia. Demanaven, exigien sang; només la sang humana faria callar la seua enorme set de venjança. Ara era la seua.

Havia arribat l'estiu i per fi el sol escalfava amb força. Però no era un sol càlid i plaent com el que s'espera després d'un llarg i fred hivern (un hivern de tres anys!); era més aviat un sol ferotge i prepotent que semblava voler cremar i abrusar el país sencer. La seua lluminària era brutal i aclaparadora.

Aquell dia ja hi feia calor, malgrat ser tot just l'alba. La ciutat es desemperesia amb mandra i els

gossos i els xiquets ja competien pels carrers per veure de trobar-hi la seua ració diària de menjar.

L'Ajuntament de la ciutat s'havia convertit, provisionalment, en caserna militar i dos soldats en guardaven la porta amb els seus fusells carregats.

Just al costat de la portalada hi havia una dona d'uns 35 anys amb dos xiquets agafats de la mà. La dona semblava esperar algú i els seus ulls, d'un color blau intens i metàl·lic, eren com dues llanternes silencioses i hermètiques.

Agafada de la seua mà portava la seua filla d'uns onze anys. Tenia els cabells exageradament rossos i els seus ulls –còpia idèntica dels de la mare– s'obrien desmesuradament com si intentés absorbir el món amb ells. De la mà esquerra de la xiqueta s'agarrava amb força el seu germanet d'uns 9 anys. Els mateixos ulls, però amb un caire més trist i tímid, gairebé temorenc.

De sobte va sortir de dins l'edifici un caporal alt i amb la pell bronzejada. Va buscar al seu voltant i en descobrir els que esperaven els hi va dir:

–Dona, acoste's.

La dona s'hi va atansar sense amollar els seus fills.

–Ha d'entrar dins i preguntar pel sergent Ochoa. És el que s'encarrega d'eixes coses.

Entraren tots tres a l'Ajuntament i començaren a buscar-hi. L'ambient semblava inquietant. Un món masculí d'uniformes i veus grosses.

La dona i els seus fills començaren a pujar les escales que pareixien principals. Un grup d'oficials baixava per les mateixes escales. Els seus uniformes

de color caqui estaven bruts i marcits; només les seues botes conservaven encara la lluisor dels objectes novells.

La dona hagué de fugir a un racó de l'escala per no ser atropellada per l'apressada seguretat dels oficials. L'últim d'ells, però, s'arraulí en veure els infants i pessigà lleument la galta rosada de la xiqueta rossa com el sol.

—*Hola, pequeños. ¿Qué haceis por aquí?*

La xiqueta no es va poder estar d'enganxar-se instintivament al cos protector de sa mare.

L'oficial esguardà la mare amb curiositat.

—*¿Buscas a alguien, mujer?*

—El sergent Ochoa? —Preguntà ella.

—*Ah, sí. Lo encontrarás arriba en la primera planta. Es la puerta del fondo.*

La dona el va mirar estranyada com si no acabés d'entendre les paraules de l'oficial i va seguir pujant les escales sense dir res més.

En arribar al lloc indicat trucà a la porta. Una veu els donà permís per a entrar-hi.

El sergent Ochoa mirava amb displicència un fardell de fulls arrugats.

—Es pot passar? —demanà la dona.

—*¿Qué quieres, mujer?* —digué el sotsoficial fent una breu llambregada sobre els nouvinguts— *¿No sabes hablar como las personas?*

La dona va mirar l'home amb perplexitat sense saber què dir.

—*Venga, habla* —etzibà el sergent Ochoa.

La seua veu no sonava amb ira ni enuig; només sonava amb una certa indolència plena de fastig.

–*Busco mi marido... quiero... mmm... és que jo no he anat mai a escola. No sé parlar tan bé com vos-tés.*

–*Venga, venga* –tallà el sergent condescendent–. *Habla despacio que te entenderé.*

–Vostés tenen tancat el meu marit ací amb pena de mort. Però he pogut saber que li ha vingut el perdó de València, de Capitanía General. Ho sé ben cert. M’ho han dit els de l’Ajuntament del meu poble. Ací li porte el paper que m’hi han donat.

La dona allargà un full plegat envers el sergent i aquest el mirà durant uns instants amb apatia. Per fi es decidí a agafar-lo.

L’home llegí el paper i després escorcollà el fardell de fulls que tenia damunt de la taula. Actuava amb una lentitud deliberada, com si tingués por que un moviment excessivament ràpid malmetera les seues articulacions. Després es gratà la barba mal afaitada, s’acaricià el nas amb el dit menovell i finalment va fer una cara que recordava vagament l’acte de meditar. Digué per fi:

–*No debes olvidar que tu marido es un rojo, y por eso lo tenemos aquí.* –El meu home no ha fet mai mal a ningú. No té cap delictes de sang.

*Sí, seguro. Eso dicen todos. Aquí pone que pertenecía a la FAI y a la CNT.*

El sergent va observar uns moments la finestra de l’habitació i va fer cara d’haver-se perdut per algun remot racó de la seua ment.

La dona i els seus fills romangueren tota l’estona mirant, impertèrrits, el sotsoficial. Aquest, de sobte, semblà sentir-se incòmode davant de la inten-

sitat d'aquells tres parells d'ulls blaus i metàl·lics i tornà a la realitat.

—*Pascual, se llama tu marido ¿eh? Yo tengo un tío que se llama Pascual, también.*

El silenci tornà a l'habitació.

No volen amollar-lo? —preguntà de colp i volta la dona. Ara la seua mirada semblava haver adquirit el poder de foradar les coses.

—*Bien, habeis llegado tarde* —explicà el sergent alçant-se de la cadira—. *A tu marido lo ejecutaron ayer. Mala suerte.*

El sergent es dirigí cap a la finestra i començà a contemplar el carrer. La gent hi caminava sense presses. Era l'hora d'anar a missa. Tornà a mirar la dona i digué ara:

—*Lo han fusilado con once hombres más. Al menos no estaba solo.*

Els tres parells d'ulls seguien esguardant-lo amb intensitat. L'home començà a sentir calor.

—*No te quejes, mujer. Al menos vosotros sois jóvenes i estais sanos...*

La dona continuava mirant-lo amb uns ulls que ara estaven lluent i, tanmateix, semblaven durs com l'acer.

—*Venga, que tengo trabajo* —afegí el sergent sense aconseguir mantenir la mirada en els ulls d'aquella dona—. *Aquí ya no teneis nada que hacer.*

—L'han mort? —preguntà ella.

—Sí.

—No em diga això —va dir la dona.

Ho va dir mirant la cadira buida, com si encara estigués ocupada pel sergent.

–*Id al cementerio* –va aconsellar ell sense deixar de mirar el carrer–. *Los han fusilado allí.*

–No em diga això –va repetir ella com si pensés en veu alta.

El sergent va emetre un soroll semblant a un grunyit i va tornar a la seua cadira.

La dona agafà el pom de la porta i l'obrí. El sergent, com per a acomiadar-se, va afegir encara:

–*Ya te harán llegar sus cosas.*

Ella el va mirar amb estranyesa com si l'acabara de veure per primera vegada i va dir a sota veu:

–Quines coses, si no tenia res?

Va tancar la porta amb suavitat i sortiren de l'edifici.

Al carrer, la gent anava mudada cap a una església pròxima. La xicalla hi demanava almoïna i els gossos lladraven als vianants. Decididament, aquell dia faria calor.

Sí, la guerra s'havia acabat, però aquell dia faria una intensa i terrible calor.

*Al meu avi Pasqual Fons, assassinat per les tropes franquistes l'any 39.*

*A la meua àvia Assumpció Gimeno, assassina -  
da en vida per a sempre.*

## **LUIS ANTONIO GARCÍA**

### **BIOGRAFÍA METAFÍSICA**

Intento hacer lo mejor posible cosas para las  
que no valgo  
como educar a los perros, conducir, trabajar,  
bricolage,  
administrar el dinero, aguantar a la gente,  
luchar,  
entender a los políticos, silbar... mejor lo  
haremos al revés.

De entre las infinitas tareas posibles sólo  
valgo para cuatro, a saber:  
amar, escribir, pensar, poetizar, odiar, crear,  
dormir y reír  
que son las mismas con disfraz.

Si fuerais inteligentes comprenderíais que éste  
no es mi siglo

mi planeta mi país mi moneda mi idioma mi  
música mi mundo  
me dejaríais en paz o al menos veríais en mis  
chapuzas  
las obras de arte que son para cualquier  
extraterrestre,  
para cualquiera con cerebro ultraterreno  
que aprecie este dolor de ultravida  
ultraviolada.

40 años en España. Estudios múltiples que incluyen universitarios (derecho, sociología, filosofía, bellas artes), con titulación en la tercera. Trabajos múltiples, casi todos olvidables. Experiencia en coordinar actividades culturales. Publicaciones, conferencias, exposiciones, mercados... Obras plásticas (grabado, dibujo, pintura, escultura, diseño, infografía...) y literarias (ensayo, poesía, relato, novela, memorias...) Siempre combativo, nunca militante.





# TE INVITO A REGENERARTE CON UN VUELO

*[Estrella y Sawa bailan 98 tangos de Mahler]*

*"El tango es un pensamiento triste que se baila"*  
ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

Hay un destello en la penumbra: es el sonido delirante del grito metafísico, un clavo hiriendo la sien. En el centro del universo, un cuerpo amenazado; en derredor giran los anónimos muñecoides de sonrisa inmortal y labios amortajados.

Los peles discuten enfebrecidos sobre el futuro del cadáver:

—Hay que ponerle cerillas en los dedos, quizá sea una catalepsia...

La escena, desdibujada y febril, es el reflejo de otro siglo sobre una superficie pulida y posmoderna: no se distingue nada porque la niebla empaña el alma. Sin colores en el vacío o la razón del éxtasis, aparece en la puerta un gigante gris: es el centro de un resplandor inmenso. Ignora a la viuda, los hipócritas ocasionales y el resto de la comparsa; alrede-

dor de un muerto se despiertan los engranajes que le han aguardado toda la vida. El coro, sin embargo, reconoce al visitante: es Max Estrella, el caballero inexistente, quien grita alzando los brazos:

—¡Álex, levántate y anda! Vamos a salir en viaje de recreo.

Ya están ambos embarcados en la nave de los locos; recorriendo espacio y tiempo, surcando aprioris inaprehensibles entre ese contraluz de ideas. Son dos cruces de la misma moneda: desdoblamiento papirofléxico cual enrevesada idea unamuniana. Nadie comprende a nadie, mucho menos a un genio que se contradice inventando heterófagos, en una geografía ibérica inservible ya para otras batallas.

Hay una cadencia desesperante, como viento o imprevisible marea: es la que anima este barco desquiciado, la única aventura capaz de dar fuerza a Álex, ahora irguiéndose ante la atónita contemplación de todas las moscas y alimañas concurrentes, pues el festín de putrefacción es interrumpido por otro viaje eterno.

Alejandro Sawa se incorpora, toma de la mano a Max Estrella y ambos, alucinados en su ceguera, funden las espaldas hasta formar un mítico animal con dos pechos (capaz de luchar ya contra todo tiempo) y ninguna espalda (nunca ha de irse, no precisa despedidas).

Entre la bruma de un tiempo que no existe —porque no puede medirse con esferas— surge la “stultifera navis” cuyo único pasajero de doble rostro está condenado a no poder encontrarse jamás a sí

mismo; se investiga en el resto, alentada esa barca por un ritornelo... es la única energía rítmica que traslada a los infelices a través de un mundo helado, sordo a sus preguntas.

ÁLEX.— ¿Dónde estamos, ciego y loco que me escuchas?

MAX.— Sobrevolando tu inexistencia; tiene forma de máquina del tiempo.

ÁLEX.— El tiempo es la máquina y tritura los huesos de sus habitantes. Siento cien años cabalgándome en la frente. ¡Dime qué es esto!

MAX.— Una bruma, no se distingue bien... parece una galería de personajes amargos.

ÁLEX.— Dame un trago: este humo de fantasmas sólo se disipa disolviendo el espíritu.

MAX.— Luengo y asimétrico, aquél es Valle-Inclán.

ÁLEX.— Valle y yo somos dos mitades de una misma viscera, el corazón de la literatura y tú nuestra *perficción*.

ÁLEX.— ¿Qué hace?

MAX.— Tiene algo en la cabeza y entre las manos. Parece una lámpara maravillosa.

ÁLEX.— ¡Siempre fue un genio de la mística! ¿Dónde ha ido a parar su semilla? ¿Acaso no hay en España una Universidad que lleve su nombre?

MAX.— A la universidad le ponen el nombre ahora los ricos y los reyes, para después llenar de bazofia sus libros y con carne de obrero los bancos apolillados de sus aulas. Pero cerebros no quedan ni en formol...

ÁLEX.— ¡Viva el rebuzno institucional!

MAX.— Con Valle, igual que hacen cuando quieren acabar con alguien, cometen la mayor trope-lía: ¡como si le entendieran!, tergiversan su pensa-miento hasta convertirle en una persona normal, como ellos.

ÁLEX.— ¡Asesinos! ¡Cien veces asesinos, por-que matan el futuro! Frótame el alma, Max: este frío no termina nunca.

MAX.— En España el talento es una maldición. Primero te ignoran y después te escupen en la boca, por hablar. Aquí campa por sus dominios una máxi-ma: ¡que piensen ellos!

ÁLEX.— No quiero ver esta ignominia, sácame de estos pensamientos.

MAX.— ¡Espera! Se perfila otro rostro, más macilento y oscuro. Parece un paleta venido a más: asemeja su rostro el de un nuevo rico, especulador y estúpido como un constructor o un ganadero.

ÁLEX.— Me parece estar viendo a Baroja.

MAX.— ¡Es él! Eterno retorno del español cavernícola.

ÁLEX.— ¡Qué tiempos! Cuando le conocí, no era más que un pobre hombre, pero luego ¡qué mili-tancia! Un ácrata de postal.

MAX.— Sus progresos fueron innúmeros: de anarca de cartón-piedra medró hasta convertirse en defensor de los opresores.

ÁLEX.— Siempre me pareció un fantoche, un vacío en medio del vacío.

MAX.— Álex, te has perdido tantas cosas que todo sigue igual que antes. Por España no pasan los

siglos. Los muertos se cuentan por millones: no se conforman con haberse asesinado entre sí, ahora se suicidan en una sociedad que no les ofrece sino muerte política y hambre de dinero. Aquí no se quiere saber nada del hombre.

ÁLEX.— Me duele, porque en esta inmensa superficie helada sólo el azul ensueño de la pureza puede salvarnos de la nada. Me estás mintiendo ¡dime que sí!

MAX.— La sinceridad sólo lleva a la negación. No soy yo quien miente. La mentira es la vida cotidiana, la canalla no sólo es la prensa: todos los medios de comunicación están comprados y censurados por la ceguera de un pueblo incapaz de ver más allá de las cuentas de colores. La historia oficial es una leyenda blanca, cuya albura sólo es comparable a los huesos de los muertos tras cien años de sol. Pero la leyenda negra se ha convertido en la historia real: se sigue matando impunemente, tras la coraza irreconciliable de un pueblo siete veces hipócrita y mezquino.

ÁLEX.— ¡Vámonos! No quiero saber nada de un sitio donde no me quedan hermanos.

MAX.— Sí los hay, pero ahogados entre una multitud de reumáticos incapaces de sentimientos nobles. Aquí la sensibilidad resulta la peor de las enfermedades, una lepra en medio de alimañas ávidas de sufrimiento ajeno. Sentir es morir de pena.

ÁLEX.— ¡Remontémonos a las estrellas! Desde su luz podremos encontrar algún oasis en esta tierra yerma.

Ascendiendo en un cadalso de abyección, el mito del ideal –personificado en un animal de dos pechos– entona el canto de la ascesis en una mística pagana cuya prosopopeya resulta ser la metáfora de su propia sublimación. Desde allí, en ese limbo sin fe que es la estratosfera del espíritu, contempla el orbe completo y busca nuevas saetas de dolor para sentirse vivo con esas llagas.

ÁLEX.– ¿Qué hay ahora? ¿Florece el planeta en un vergel de sueños? ¿Hemos abandonado ya el lodazal humano?

MAX.– Desgraciadamente aquí también se cuecen habas. La antropología no está de suerte.

ÁLEX.– ¿Despuntaron ya los pueblos cuyo dolor se llamó 98?

MAX.– Tan sólo cambiaron de chacal asesino y si no escucha por ti mismo, loco de ideales...

CORO CUBANO.– Esto no puede seguir así a menos que continúe.

ÁLEX.– ¡Son palabras de lágrimas! Agua salada formando un mar donde se ahoga la ilusión. No existe un crimen merecedor de este oprobio, como no hay en la eternidad un lugar de descanso para semejantes verdugos.

MAX.– Te equivocas, Álex. Son los jueces, no los verdugos; ellos dictan las normas de conducta y luego las ejecutan.

ÁLEX.– ¿No hay nadie que alce la mano contra el opresor absoluto? ¿Es que a nadie le quedan entrañas?

MAX.– Espera, aún te falta escuchar a una horda de desheredados.

CORO FILIPINO.— Si no nos encuentran, estamos perdidos.

ÁLEX.— No sabía que el ruido del hambre pudiera ser modulado en estertores; estos desgraciados claman por otro verdugo: uno que prolongue su agonía con migajas de cinismo. Lo justo para poder seguir viviendo, la mínima limosna necesaria para prolongar la esclavitud. ¿Qué pasa aquí? Parecería que no soy yo el loco, sino la humanidad completa.

MAX.— Es otro mundo, lejano: el tercero.

ÁLEX.— ¿De qué me hablas? No quiero creer en un mundo dividido, donde los seres humanos sean clasificados con fría burocracia y abandonados a su suerte.

MAX.— Por esta dimensión de la estepa también pasó la dama de la guadaña. Se han visto los muertos en almacenes, guerras y revoluciones han ocupado más años que el pensamiento. El último reducto de la piedad es la conciencia, pues sobre la tierra no quedan sino alimañas carroñeras.

ÁLEX.— No es posible, no cabe tanto horror en mi conciencia humana. Me duele todo, Max. Tengo un terremoto en las sienes.

MAX.— Así es ahora, por todas partes la crueldad fomentada como negocio. La sangre se cotiza más que la carne, pero tampoco falta el tráfico de ésta. Se venden niños al despiece, mujeres en canal y las razas son exterminadas por decreto-ley.

ÁLEX.— ¿Dónde están los animales que así sojuzgan a sus hermanos? ¿Quién es el culpable de este infierno sin fin?

MAX.— Todos. Se muere el planeta entero, habitantes incluidos. Pero nadie mueve un dedo para



evitarlo. Unos cuantos son incapaces de abandonar sus privilegios y para conservarlos han de aplastar a los demás; la mayoría se complace muriendo como si así pudiera redimirse.

ÁLEX.— ¡No aguanto más! Quiero ver un ejército de hambrientos arrasando este mundo insostenible. Clamo por el apocalipsis porque no concibo tanta sinrazón impunemente.

MAX.— Ése sería un final dulce como un orgasmo universal, esa emoción colectiva permitiría al fin regalar al universo la desaparición del hombre, cuya energía dañina no es sino un error de la naturaleza. Demasiado bonito para ser cierto.

ÁLEX.— ¿Y el beso? Aquí sólo veo brillar la dentellada, pero el hombre también es ternura; ha de aparecer por algún sitio.

MAX.— Nada más en el arte puedes ahogar momentáneamente tanta desdicha carnal. Muévete, voy a regalarte una reencarnación.

ÁLEX.— ¿Hacia dónde me llevas? ¿Qué suena?

Inunda el éter una avalancha de sonidos vivos y desgarrados: es un corazón hecho música, el dolor de existir es una sinfonía. Sólo el sufrimiento es capaz de hacer brillar estas iluminaciones en la sombra, porque sólo la pasión desata lágrimas sinceras y conmueve a la empatía. Álex, los ojos desorbitados, es mecido por estas puntiagudas olas: la música de Mahler.

ÁLEX.— ¡Qué horror tan bello! Quiero hundir mi cabeza en este abismo, atractivo y maldito como la oscuridad de un alma.

MAX.— Ésa es tu reencarnación: haber compartido con Mahler una visión del mundo sin conosceros. Quizá París fue para ambos el mismo café; o pisasteis las hojas de un solo parque y fuisteis embriagados por incomparables flores del mal, sin llegar a saber que existíais.

ÁLEX.— Así que soy él: me haces participar del paraíso, Max. No quiero nada más si tengo el paraíso. Estoy perdiendo el contacto con una realidad tan marchita... ya no sé quién soy... Pero tú, ¿quién eres? ¿Quién me habla así en la nuca?

MAX.— Tu otro yo.

ÁLEX.— No tengo ningún yo, imposible que seas el otro.

MAX.— Tras definir a España y al hombre sólo resta una cosa; la esencia que vemos tras la evaporación de conceptos acuosos, eres tú. Pues yo soy el otro.

ÁLEX.— España no existe. El hombre tampoco. Para ser el otro, deberías ser Dios. Tampoco existes.

MAX.— Ése soy: el dios de los sindiós. Tú estás muerto, yo nací así.

Hay una dolorosa disección de dos héroes en esa eterna oscuridad que es la incompreensión humana. Un cuerpo baja hasta el hueco que le corresponde y ocupa su lugar en la caja. El otro cuerpo —astral— vuelve a fundirse en el dolor de no ser más que una imaginación ajena eternizada entre este infinito dolor, la vida.

Sobran cien años.

## **MÓNICA**

Mónica es una vizcaína de 23 años que actualmente reside en Gasteiz. Trabaja con niños y niñas y estudia historia. Escribe desde la niñez, principalmente poesía y relatos cortos.



La gente lloraba la muerte de nuestra gente en aquella oscura mañana del dos de diciembre de 1997. Apenas han pasado cinco años desde que ocurrió, pero sigue en mi mente perceptible, imborrable, como una quemadura en la piel que te araña sin aun tocarla.

Aquí, en mi país, en mi pueblo, todo resulta extraño y a la vez conocido; es un hecho peculiar y absurdo el que maten a gente que tan sólo lucha por sobrevivir a la miseria que la rodea, esa pobre y anónima gente que quema su vida trabajando en los largos maizales, para después olvidar su agotadora vida embotellada en el alcohol que traen los gringos. Las mujeres tienen que ir lejos a buscar agua y cuando vuelven encuentran a sus maridos tirados y borrachos, y les gritan y a veces les pegan, porque dicen que no hacen nada. Pero yo siempre he pensado que algunos hombres son malos y otros buenos. Cuando beben y beben dejan su cariño a un lado y muestran su pena. A mí me dan pena las mujeres cuando les pegan, pero los hombres me dan lástima, porque no

tienen arreglo. Su vida está fracasada, porque sus hijos no van a la escuela, y porque todo lo que trabajan no es recompensado, a veces no hay qué comer. Las mujeres buscan lo que sea para que los bebés no lloren todo el rato. Nosotros ya no somos bebitos, somos un poco más mayores y entendemos que no siempre se pudo disfrutar de un plato, hay que compartir. Las tortitas son nuestra base de alimentación, el maicito no puede faltar. Al principio es divertido hacer las tortitas, pero luego es todos los días, y te aburres. Las mujeres siempre cantan mientras las hacen, nosotras escuchamos, no es bueno interrumpir, es mejor oír y callar, cuando yo sea más mayor se las cantaré a mis niñas y serán ellas las que me escuchen entonces. Mi mamá tiene una linda y dulce voz. Ahorita mismo podría escucharla de nuevo, en mi cabeza.

Todo comenzó cuando el Dios del Poder nos arrebató lo único que teníamos, nos quitaron a la Señora de todas las Madres, la que nos proporcionaba nuestro maíz: era nuestra madre Tierra, a la que tanto habíamos amado durante generaciones y por la que ahora peleamos viendo cómo nos la quitan de las manos.

Mientras rezaba mis oraciones miraba los cadáveres de centenares de campesinos, mujeres, niños... Todos ellos conocidos, familiares o incluso vecinos. Paré un instante. No quería llorar de rabia u odio, no. Solo veía tristeza encharcada en sangre y desolación regada de impotencia, ruinas de dolor y

lamento desesperado. Mi tercera reacción, después de orar y observar la realidad que me acontecía, no fue huir ni vengar las muertes; fue caminar en círculo, haciendo cada vez una espiral más y más pequeña alrededor del cuerpo de mi madre. A lo lejos, entre los que se quedarían eternamente niños, había una muñequita de trapo que alguna mamá cosería con entusiasmo para su pequeña. La muñeca también sangraba por dentro y los botoncitos que tenía por ojos estaban más tristes que muertos. Le pregunté qué era lo que había pasado. Pero ella no me habló y siguió con su tristeza. Sus trenzas estaban desechas y sus pies estaban desnudos. Entonces me acerqué y la cogí en mis manos, parecía manchada de sudor y barro, y la hierba, teñida de un rojo intenso, le había ensuciado el vestido. Era un vestido azul precioso. Yo siempre quise tener uno.

En la noche antes de la masacre oí el aullido de un jaguar que gemía, igual tan sólo era mi imaginación la que me hacía sentir ese estremecedor sonido, pero sé que aquella noche sí que lloré desesperada, sin saber por qué, resecando mis lágrimas en mi cara y obligándome a despertar en medio de la nada a vomitar lo poco que había comido. Me angustiaba un algo en el estómago, algo que a la mañana siguiente comprendí. Fue mi subconsciente el que me avisó de antemano lo que iba a ocurrir, o tal vez era el recuerdo de ese mal sueño lo que me producía arcadas.

Caminé sin rumbo fijo entre la maleza. De vez en cuando me detenía al lado de algún zarzal que me

rasgaba los tobillos y seguía escuchando. Ya no era el aullido de un jaguar lo que percibían mis oídos, pero sé que era el canto de algún pájaro herido. Por el camino topé con un bicho de un color verde intenso e intentaba huir de mi presencia, pues le producía miedo.

Yo también temo a los que no son de mi especie ni son de mi color, pero yo nunca le hice daño al animal que huyó de mí, mientras esos malignos atormentaron mis pesadillas e hicieron daño, el niño me había avisado, pero no le entendí; vi cosas feas pero no pensé qué sería lo que aconteciera a mi despertar. Pensé que mi juventud lo había molestado y por eso viajé mal. Pero lo cierto es que con los primeros rayos de sol pisaron fuerte en nuestro campo, aplastando lo que con tanto esmero cultivaron mis antepasados. Después violaron y arrasaron con sus armas todo lo que no les pertenecía. Ellos son más grandes que yo, pero su alma es más insignificante y distinta. Mi alma me dice cuando hice mal y no lo hago. Ellos no tienen alma que les acompaña porque son malvados. Son como los mosquitos que hurgan en la herida cuando sangra, y chupan y chupan, y te pican, encima no les importa porque sobreviven gracias a ello. Pero los mosquitos no tienen conciencia y mueren pronto.

Aún no entiendo lo que está pasando. La abuela decía que los Poderosos nos estaban castigando con sus nuevas calumnias. También contaba que éstos que ahora nos desprecian antes estaban de nuestra



parte; pero que el dinero corrompía a las personas y las hacía malvadas. Yo le decía que un papel, una moneda o un poco de plata no podía cambiar el espíritu de la gente. La abuela callaba y perdía su mirada en el horizonte. Entonces comprendí que era yo la equivocada.

Decidí sentarme sobre las hojas húmedas de aquel otoño, en la oscuridad del atardecer para mirar cómo enrojecía el cielito, era el crepúsculo. No había comido nada, pero es que tampoco tenía hambre, sólo ganas de cerrar los ojos y despertar en brazos de mi mamá. Tampoco oí el llanto de mi hermanito porque siempre despierto lloraba, mamá decía que lloraba todo lo que yo no lloré siendo una bebita. A veces lloraba por hambre, otras por sueño. Pero dormidito era un angelito que había bajado del cielo. Mamá decía que lo había dejado una noche la lluvia en forma de relámpago, lo metió dentro de su vientre, y poco a poco fue haciéndose cada vez más y más grande, hasta que salió, con su lloradera. Yo creo que no quería salir de dentro de mamá y que por eso llora tanto. La noche pasó y el amanecer no me alegró con ningún olor conocido. Estaba en medio de la selva yo sola, no había nadie a mí alrededor y en ese descorazonado despertar fue cuando me di cuenta que todo había cambiado, que estaba desamparada. Intenté levantarme pero mis piernas no me respondían. Había hecho frío y estaba semidesnuda. Entonces fue cuando vi algo que se acercaba hacia mí, temeroso. Oía el crujir de sus pisadas en las hojarascas que adornaban el suelo y mi cuerpo empezó a temblar:

más de miedo que de frío. Era un hombre joven y vestía un traje verde y gris. Se acerco a mí y me cogió por la mano ayudándome a levantar del suelo, algo que debería haberme tranquilizado. En cambio me asusté aún más al ver que llevaba un arma y munición colgadas del cuello.

Hice amago de defenderme de su gesto, escondiéndome entre unas ramas, y allí me quedé un rato mirándole atónita como miras cuando sale el sol por las mañanas y se oculta por la noche. Él también me miraba absorto con ojos de bondad y me volvió a tender sus manos para que me acercara.

—Acérquese —me dijo suavemente— venga conmigo y no tema.

Una vez mi padre me contó que existían en la selva unos señores de ojos oscuros y barbudos que venían de noche al pueblo para hablar con los hombres, que un día conseguirían bienestar para todos, que llevaban un anillo de madera en la mano izquierda, símbolo de su esperanza. Si les conociese algún día, no temiera, pues en su aspecto se escondían amigos. Yo me reí pensando que era otra de esas leyendas que me contaban y que sólo mi mente podía recoger.

Decidí probar suerte, al fin y al cabo no tenía qué perder, así que dejé guiarme por la “leyenda”, que años atrás me había contado, y acerté. Nunca he sabido si el personaje al que mi papá hacía referen-

cia es el mismo que me acogió y me salvó la vida, pero para mí él fue mi amigo. Cuando avancé despacio e insegura hacia aquel desconocido, noté en la expresión de sus ojos una sonrisa. Yo también sonreí contagiada de su tranquilizador ademán, y sin mediar palabra andamos por la selva para llegar, hasta lo que para mí, desde entonces, está siendo mi hogar.

Por las noches a los niños y a las niñas, nos cuentan historias de nuestros antepasados, y cómo, a lo largo de los años, han ido cortando nuestras raíces, como si de flores marchitas se tratase, sólo por quitarnos lo que siempre ha sido nuestro, lo que siempre nos ha pertenecido. Cuentan que gente de otro continente vino a nuestra tierra, hace ya muchos años, con aires de destrucción, trayendo consigo plagas y epidemias desconocidas, y que los pocos de nosotros que quedábamos, intentamos defendernos de lo nuevo. Hoy en día tenemos que hacer lo mismo, para que no nos dejen desamparados y sin hijos, que nos obligan a trabajar, para que ellos se enriquecieran con nuestro esfuerzo y con nuestras riquezas. Que se llevan a nuestras mujeres y que nos dan a cambio hambre y corrupción.

Tan pronto llegamos al campamento mi amigo me presentó a sus camaradas. Había más niños y niñas que yo, pero no conocía a ninguno, pertenecían a otro pueblo, la mayoría no hablaban ni vestían como yo. Así pues, la primera impresión que me causó aquel pequeño poblado fue de intimidación. Me sentía pequeña y diferente a los demás. Fue

como aquel día que mi padre me llevó a ver el lago que había a varios kilómetros de nuestra aldea.

*Salimos al amanecer, cuando nuestro sol, aún tímido, se escondía en la todavía oscuridad del firmamento. Pasamos varias horas caminando, recuerdo el cansancio agotador que nos consumía y que no lograba ganarme en aquella batalla de ansias por ver lo desconocido. De repente vi algo de color azul cielo, resplandecía entre lo verde del paisaje, era incluso más bonito de lo que lo había imaginado. Me acerqué corriendo para poder tocar esa agua tan cristalina y tan maravillosa. Así que me metí en el agua, a la orilla, tranquilamente, chapoteando como un pez feliz. Cegada por la ilusión me fui adentrando más hasta que noté que no tocaba el fondo con mis pies y me sumergía cada vez más abajo. Ya no me sentía un pez porque yo no podía nadar. Intenté gritar pero era peor ya que tragaba el agua que tan inocente me había parecido momentos antes. Papá vino corriendo y me sacó. Cuando se me pasó el susto sentía que todo aquel sueño se había desvanecido y ese mismo día aprendí que no tenía que haberme alejado de la orilla: no debí meter el pie en lo desconocido, era una inseguridad exagerada la que me mantuvo callada todo el viaje de regreso a la aldea.*

Por eso cuando llegué al campamento el día que me recogieron de la selva y vi aquello tan desconocido y nuevo para mi rutinaria vida, volví a sentir ese sudor que te recorre la cara y te la hincha, que

te advierte de que estás volviendo a meter el pie en el agua y que te has alejado de la orilla, como yo me había alejado del pueblo, engullida por el miedo.

Y allí estaba yo, con el agua hasta el cuello, rodeada de gente diferente y niños que clavaban la mirada en mí, como si yo estuviera allí para quitarles o hacerles algo. Esa noche dormí un poco apartada del resto del campamento, no tenía sueño y tenía que intentar entender qué hacía yo allí, qué era lo que estaba ocurriendo y sobre todo: en qué había fallado para que me estuviesen castigando desde arriba de una manera tan cruel como había sido destruyendo mi familia, mi casa, mi vida.

Pero lo cierto fue que poco a poco fueron pasando los días y mi boca volvió a abrirse para hablar con la gente. Y sonreía cuando algún hombre torpe rompía las tortitas porque no sabía hacerlas, y sus canciones no eran como las de mi mamá pero también me gustaban. Hice amistad con las demás niñas y juntas íbamos a recoger el agua y a lavar la ropa. Algunos niños nos perseguían, y cuando les veíamos reíamos avergonzadas. Ellos se iban corriendo y cuando nos despistábamos volvían a mirarnos, pero se escondían muy mal. En época de lluvias no salíamos tanto a jugar pero era cuando más historias nos contaban y cuando más aprovechábamos para leer. Una de esas épocas aprendí a leer y también a escribir. Entonces fue cuando el viejo Ramón me dijo que escribiera cuando mi alma me lo pidiese. Por eso estoy ahora escribiendo.

—¿Sobre qué pide el alma que escriba?, pregunté ingenua, todavía no me había pedido nada mi alma...

El viejo dejó la pipa y echó a reír.

—Cuando te lo pida lo sabrás.

Días y días estuve esperando a que mi alma dijera algo, incluso le preguntaba por las noches. Pero nada me decía. Entonces le volví a preguntar al viejo Ramón qué era lo que podía escribir.

—Escribe de lo que más conozcas, y de los recuerdos que más te gusten. Pero hazlo sólo cuando te lo pida, —añadió.

Mi impaciencia estaba llegando a su límite, hasta que una noche desperté en la oscuridad y algo me hizo coger un cacho de papel. Es esto que está en tus manos lo que me pidió el alma que escribiera.

*Nací bajo las aguas que trajeron un largo invierno en un pequeño pueblo llamado Acteal. De niña jugaba y trabajaba como la que más para que mamá estuviera contenta. Mamá era una mujer muy linda y tenía una dulce voz que cautivaba al más despistado. Papá era más mayor que mamá y también la quería mucho. Se conocieron cuando yo era más crecidita, no era mi papá de verdad pero es que el mío marchó al Norte, a la ciudad, en busca de trabajo y no volvió por aquí. Mi nuevo papá era un buen hom -*

*bre. Vivíamos en la casa con la abuela y demás mayores, alguno daba un poco de miedo porque no se movía y siempre estaba pidiendo que se lo llevaran de una vez, supongo que se lo pedía a su dios. Pero había que respetar a los viejos, porque los viejos eran los más sabios y las viejas sabían mucho: de los niñitos, de las curas, de los males del espíritu...*

No muy lejos de la casa había unas tierras muy grandes que podían darnos a todos y a todas de comer. Pero un papel que nadie supo leer decía que aquello no era nuestro, que no podía ser toda la comida para nosotros, y que esa tierra tenía dueño. ¿Un dueño?, pensamos. ¿Desde cuándo la tierra tiene propietario? ¿Acaso la tierra no es del que la trabaja y la mima, de la que cultiva, de la que recoge el grano y prepara de nuevo la siembra?

—Ustedes están equivocados— nos dijeron unos hombres que llevaban unos anillos y unos colgantes de oro, relucientes— los tiempos han cambiado y ustedes no han evolucionado.

—¿Evolucionado? Ninguno entendíamos a qué se referían.

¿Es evolucionar llevar zapatos de animal muerto? ¿Es evolución talar árboles en masa para venderlos luego a grandes empresas extranjeras? ¿Forma parte de su llamada evolución plantar árboles que quitan de comer a los demás?

—¿A qué se refiere?— preguntó uno de los hombres del pueblo. Mientras tanto los viejos se alborotaban y hablaban en su vieja palabra (yo casi no les entendía).

—Estas tierras han sido compradas por el señor Ramírez de Castro y por su yerno, Samuel Heikneson. Por lo cual, si desean seguir trabajando en ellas tendrán que trabajar para él, bajo las condiciones que indique.

Así que asentimos y trabajamos para el señor Ramírez y su pariente. Pero el señor Ramírez, el propietario, supervisaba lo que se cultivaba y lo que se aprovechaba la tierra.

Así, además de maíz también plantamos eucalipto, que crecía muy rápido pero todo a su lado se moría. A la hora de recoger la siembra el señor Ramírez tan sólo miraba, no hacía nada, ponía la cara así o asá, pero no trabajaba.

—¡Qué hombre más raro!, pensábamos en el pueblo. ¿De qué vivirá?

Este señor se quedaba con la mayoría de la cosecha y a veces nos la vendía, a cambio de trabajar más horas. Y cada vez teníamos menos que comer, y cada vez nacían más niños pero morían antes de tener un añito. No había para ir a médicos de ciudad y las viejas ya no tenían remedios que dar. Poco a poco del pueblo se fue yendo la gente, unos poquitos nos quedamos, no más. Y las canciones que



cantaba mamá eran cada vez más tristes, y mi hermanito nunca dejaba de llorar. Algunos hombres se echaron a beber porquería, todo el día borrachos y alguno sin trabajar. Cada vez había menos reuniones en la comunidad, y cada vez veíamos más gente, más soldados cerca de nuestro pueblo. De vez en cuando desaparecía uno de los hombres o alguna mujer, y ya no volvía nunca más. Teníamos hambre y el señor Ramírez cada vez era más cruel y más rico. Su casa ahora era más grande y sus anillos también. Estaba todo triste en el pueblo.

Hasta que vino hasta el pueblo un enviado del señor Ramírez. Reunió a todos los hombres y a los viejos y les dijo que ya no habíamos de trabajar en su tierra, en la tierra que siempre habíamos estado. Pero las gentes del pueblo se molestaron y fueron a casa de Don Ramírez a protestar. El señor Ramírez les mandó echar. Nos fuimos de la casa pero no de la tierra. No había qué comer, ni a donde ir. Todo era muy injusto. Al cabo de dos días fue cuando entraron de madrugada, salvajemente, y fue lo que es el principio de esta historia.

En el campamento en las noches de lluvia nos cuentan historias y nos explican de dónde venimos y por qué estamos aquí. Todos y todas escuchamos atentamente. Dicen que la mejor arma de protesta es conocer tu propia historia y saber quién eres y qué es lo que no te gusta. A mí no me gusta que haya niños que no puedan nacer porque se mueren o que niños ya nacidos mueran aunque no quieran perecer.

Tampoco me gusta que no se nos oiga, que el mundo esté sordo de mentiras y ciego de injusticias. No entiendo por qué matamos nuestra vida: nuestra tierra, la natura, lo que anda, lo que respira. Por eso pido que se escuche a través de las montañas, entre los rincones, allá lejos en la ciudad, es el lánguido canto del pasado de mi pueblo...

...y todo esto pasó con nosotros  
nosotros los vimos,  
nosotros los admiramos.  
Con esta lamentosa y triste suerte  
nos vimos angustiados.  
En los caminos yacen dardos rotos  
los cabellos están esparcidos,  
destechadas están las casas  
enrojecidos tienen sus muros.  
gusanos pululan por calles y plazas  
y en las paredes están salpicados  
sus sesos.  
Rojas están sus aguas, están como teñidas  
y cuando las bebemos  
es como si bebiéramos agua de salitre...

*España no es nuestra patria,  
nuestra patria es la madre indígena,  
el padre es el que vino de España,  
el que violó, conquistó y dejó su semen  
en un vientre indio.*

*O. Medina*



**EDICIONES “AL MARGEN”**

**TÍTULOS PUBLICADOS**

Nº 1 **A PALO SEKO**

J. A. Marrodán «Marro»

Nº 2 **PRIMER CERTAMEN DE CUENTOS**

Varios autores

Nº 3 **SEGUNDO CERTAMEN DE CUENTOS Y ENSAYO**

Varios autores

Nº 4 **ARTÍCULOS PERECEDEROS**

Antonio Pérez Collado

Nº 5 **TERCER CERTAMEN DE CUENTOS**

Varios autores

Nº 6 **BREVIARIO PARA OVEJAS NEGRAS**

Antonio Pérez Collado

Nº 7 **CUARTO CERTAMEN DE CUENTOS**

Varios autores

- Nº 8 **MANERAS DE OLER LA MUERTE**  
Voro Puchades
- Nº 9 **QUINTO CERTAMEN DE CUENTOS**  
Varios autores
- Nº 10 **PEPE EL OKUPA**  
Ana Ibáñez / Emilio Corzo
- Nº 11 **QUERIDAS CADENAS**  
Antonio Pérez Collado
- Nº 12 **VI CERTAMEN DE CUENTOS**  
Varios autores
- Nº 13 **NO ESTAMOS TODOS...  
FALTAN LOS PRESOS**  
Varios autores
- Nº 14 **TIEMPO AL TIEMPO**  
Rafa Rius
- Nº 15 **CHARLA DE MARK BARNSELEY**  
(Folleto)
- Nº 16 **PLATOS Y RELATOS**  
Varios autores
- Nº 17 **OASIS EL DESIERTO  
Y OTROS POEMAS INCIVILIZADOS**  
Voro Puchades i Rodrigo